

Margarita Aguirre

Antes del grito



L cuarto estrecho no tenía más ventilación que la de un tragaluz sin vidrio. Por él se colaba también una luminosidad turbia proveniente de un farol y que hacía posible distinguir en la penumbra de la noche algunas cosas, en la cama grande de hierro pintado de blanco dormían una mujer y dos niños. En la cama pequeña —somier con patas y delgado colchón de paja— dormía una muchacha. Y en el suelo, en jergones de sacos, dos muchachos flacuchentos. Sobre la mesa runroneaba un gato y otro en una de las sillas de mimbre. Adornaban las paredes unas cuantas oleografías baratas y un retrato del Presidente Aguirre Cerda con una bandera chilena colgada a su lado. En el piso de cemento se veían algunas ropas, una bacinica de bordes saltados, un cajón con los útiles de lustrar zapatos, una palangana y muchos papeles sucios.

El aire era apenas respirable. Olor a humo, a grasa y a betún se mezclaban al de los cuerpos sudorosos. Uno de los niños lloriqueaba de hambre entre sueños. Los ronquidos de la mujer eran rítmicos y sordos.

El sueño de la muchacha, a pesar del cansancio que tornaba pesados sus músculos, era sobresaltado e inquieto. De pronto abrió los ojos. Sus manos, partidas por la lavaza y el agua, le dolían al contacto con las ásperas sábanas de tocuyo. Las apretó contra su

cuerpo. Una breve inspección por el cuarto le hizo comprender que el hombre todavía no llegaba. Y esto la despertó definitivamente. Tenía miedo a las borracheras del padrino Manuel y sobre todo de la intención con que sus ojos entonces la miraban. ¿Por qué le diría su madre, cuando la dejó marchar a Santiago, que debía vivir con ellos? Es cierto que sola no habría podido quedarse y ahora comprendía que era difícil encontrar trabajo. Pero en cambio había encontrado a Pedro que era bueno con ella y que la quería. Pensó en Pedro con deleite. Le gustaban sus ojos negros, sus palabras precisas y seguras y sus manos fuertes que la abrazaban con suavidad. Se habían conocido en el despacho, el primer día en que empezó la huelga. Ella estaba comprando azúcar para el mate de la madrina y él había ido a buscar a unos compañeros que se entretenían tomando cerveza. Apenas cambiaron unas pocas palabras, las suficientes para que Elba las recordara siempre, para que ellas llegaran a lo más profundo de su corazón. Después él empezó a merodear por la cité a la hora en que ella terminaba el lavado. La acompañaba a las compras, era amable con los chiquillos de la madrina y quedó en buscarle trabajo en una fábrica de tejidos. Así comenzaron las cosas. La fábrica de Pedro continuó en huelga, ella no pudo encontrar trabajo y él un día en que se confesaron que estaban enamorados, a pesar de la alegría, estuvieron un poco preocupados pensando en que quizá no les sería fácil encontrar un arreglo para vivir juntos, casados como la ley manda. Y mientras tanto los vecinos empezaron a comentar: "Harto despierta la ahijadita del Sur, doña Gertrudis, ¿no?" La madrina se había portado bien. La dejó hacer sin decirle una palabra. El padrino también hablaba: "Mi casa es pobre, pero decente. Yo no aguanto huainas con lacho". En vano lo hacía callar doña Gertrudis. Entonces se desataba hablando "contra esos futres letrados que han salido ahora, hablan mucho, hacen la huelga y total todo sigue lo mismo, no más". Pero delante de ella nada decía. Se limitaba a mirarla, a seguir sus movimientos con avidez, a desnudarla en cada mirada. Elba enrojecía

mordiendo sus labios. Sí, las cosas no eran fáciles. Quizá sería bueno seguir los consejos de la mayordoma y emplearse para servir en una casa. Pero Pedro no quería: "Eso es dejarse explotar por los ricos".

La noche del conventillo tenía algo de la calma del mar. Y esa calma iba a romper la borrachera del maestro Manuel. Entra a trastabillones por el patio, tropieza con la pileta y su boca escupe gruesas palabrotas. De uno de los cuartos —seguramente el de los canutos— le hacen callar. De otro irrumpe el llanto de un chiquillo. Un quiltro ladra furiosamente. El maestro Manuel se detiene frente a la puerta de su cuarto. Elba se esconde atemorizada bajo las sábanas. La puerta no cede a sus intentos de abrirla. La pateo entonces con furia: "Mierda de puerta".

—¿Llegó, m'hijito? —pregunta doña Gertrudis desde el fondo de su sueño.

Un eructo le contesta. Después se oye tropezar con la mesa. El gato huye maullando.

—Acuéstese altiro, mejor.

El maestro Manuel se deja caer finalmente en una de las sillas, aplastando la cola del otro gato que huye también despavorido. Y allí se queda, pensando en silencio. Doña Gertrudis ha vuelto a sus ronquidos sordos y rítmicos. Las moscas bajan del techo a escarbar entre los miasmas sucios del suelo. Todo vuelve a la calma.

Elba se atreve a desenterrar su cabeza. Con un gesto nervioso esparce sus cabellos sobre la almohada sebosa y sin funda.

—¿Con que estai aguaitando, ah? Mira, si querís darte gusto.

El maestro Manuel comienza a desvestirse. Tira lejos, al suelo, la chaqueta. Se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones. Elba esconde de nuevo su cara. "Mosquita muerta, ¿ah? Te vai a hacer la de las monjas, ¿ah?" Con gesto rápido se quita la desgarrada camisa. Su cuerpo desnudo reluce a la turbia luz del farol. Entonces va hasta la cama de Elba y de un manotazo le arranca las sábanas. El deseo en sus ojos es una fiera salvaje.

Yo sabía que ella iba a gritar. No recuerdo si antes del grito

uno los niños lloriqueó o doña Gertrudis alteró el ritmo de sus ronquidos. Ella tenía que gritar. Un grito ahogado en el espanto y la vergüenza. Todo se volvió negro en espera de ese grito. Contraje mis músculos, apreté mis sienes en la almohada. Estaba en el fondo del sueño y sólo un milagro podía salvarme del grito de Elba. Y ese milagro se produjo. Ascendí un escalón, algo se anudó dentro de mi estómago y me dí vuelta en la cama. "Es un sueño, es un sueño", repetí con desesperación. Por la ventana entreabierta penetraba la claridad de la mañana. Estaba un grado más arriba, donde es posible ejercer la voluntad sobre lo que se sueña. "Soñaré con un mercado —me dije—, con muchachas bonitas y limpias que venden naranjas, con niños que corren descalzos al sol. ¿Por qué la noche me hace caer en estas pesadillas? Soñaré con árboles, con flores". Arreglé la almohada bajo mi cabeza y volví a entregarme.

Había comenzado un nuevo día para mí. No lo supe entonces.